

## GLOSARIO CLASICO DE BERTIS

Por *Napoleón Rodríguez Ruiz*.

Siempre trajéronme impresión muy grata los trabajos literarios de los escritores salvadoreños ochocentistas. La prosa elegante, el vocablo apropiado sin rebuscamiento, las ideas elevadas, la lealtad de la frase, el estilo, en fin, de alcurnia, imponen respeto y hacen persuasiva la enseñanza.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, a un Manuel José Arce que en sus "Breves indicaciones sobre la Reorganización de Centro América" nos dejó páginas inolvidables revelándose como un escritor que puede parearse sin desdoro con cualquiera de los autores franceses de la época prerrevolucionaria? ¿Cómo no recordar el estilo sobrio y valiente del Padre Isidro Menéndez? Se les lee con delectación y sus pensamientos invitan a la meditación.

Muchos de ellos, sin embargo, son afectos a la expresión ampulosa que se identifica por una catarata de adjetivos que surgen atropellándose de la palabra hablada o escrita. Esa adjetivación aburrida torna en cansino y trivial el discurso.

Pues bien, el Padre Bertis no es reo de ese pecado. Su prosa es flúida y ágil. La frase bien medida. La palabra distinguida y hermosa, no tiene sonar de cascabeles sino diapasón de oro puro. Leyendo un escrito suyo sin saberlo tal, se creería estar frente a uno de los grandes autores latinos de la Roma Imperial o ante un estilista del renacimiento. No es extraño, pues, que algún autor extranjero haya calificado a Bertis como el primer clásico salvadoreño.

Y por sobre todo eso, que más mira a la forma literaria, brota como un torrente subterráneo el pensamiento profundo, claro, diáfano; pensamiento en su más ancha manifestación: filosófico, científico, literario, etc. Surge de él la crítica de altura que alaba con justicia y censura con llaneza. En sus glosas ausculta el pensamiento de sus autores favoritos, lo extrae como con arte de alquimista, lo desmenuza con prolija sencillez y lo presenta a nuestro entendimiento como un manjar al alcance de la mano. Casi todos sus escritos son ensayos de hermenéutica del pensamiento de grandes autores. Así, a la vez que deleita, divulga sus doctrinas.

Y entrando ya en el fondo de la personalidad de Bertis estudiaré a continuación dos de sus principales facetas. Y son a saber:

## PERSONALIDAD FILOSOFICA

Escojo como primero este aspecto de la categoría intelectual de Bertis, porque, a mi juicio, es el que se relaciona más íntimamente con su calidad de sacerdote católico. Tengo para mí que nuestro autor hubo de reprimir sus aficiones mentales frente a las limitaciones impuestas por la religión de la cual era ministro. La Iglesia católica tenía y tiene su propia filosofía. La concepción del mundo que a través de esa filosofía obtiene el sujeto pensante, es bien diferente a la que resulta de la filosofía profana. La vida en aquélla, surge, se desarrolla y extingue en un círculo biogénico irreal. En ésta, el proceso vital se encarrila por una serie de concausas cuyas raíces hienden la corteza del mundo. Hay en aquélla evidente dogmatismo; en ésta, universalidad.

Consecuencia de todo ello fue que el espíritu ecuménico de Bertis tuvo que autofronterizarse para no violar los cerrojos del dogma. Se nota en sus escritos una ansia escondida de trascender el murallón de los principios inmutables y entrar a campo abierto donde el pensamiento es un pájaro que vuela tendido sobre todos los vientos, donde las colindancias de la idea estética se volatilizan ante el anhelo de infinitud.

Ese afán contenido de superar la ortodoxia se hace más patente si se trae a cuento que Bertis se inclinó siempre —y ello es fácil verificarlo a través de sus trabajos literarios— a la escuela de los filósofos franceses precursores de la Revolución del 89 que alcanzan la sumidad con el Dr. de Ferney, Francisco María Arouet, conocido en el mundo de las letras con el nombre de Voltaire.

Con una disciplina mental admirable, se mantiene, no obstante dentro del espacio que le marcan los hitos de la doctrina que profesa. Y lo que pierde en extensión lo gana en profundidad. Confinado en un estadio del pensamiento humano, lo explora con acucio de arqueólogo, exhuma sus tesoros y regala con ellos a nuestro entendimiento.

Su obra filosófica es dispersa, falta de unidad. Son fragmentos esparcidos en sus escritos los que nos ponen delante su hacer de filósofo. Es poco, pero revela al pensador de enjundia.

Entre los trabajos que podríamos calificar de filosóficos se pueden citar:

a) La primorosa exégesis titulada “Los Principios”, en la cual con una claridad didáctica incomparable analiza el concepto que la filosofía asigna a los “primeros principios”. Se nota aquí cierta simpatía por el racionalismo gnoseológico. Identifica el principio con la verdad. Pero limita los alcances de ésta, considerando que sólo la verdad que es tal por sí misma, que es preconcebida y que no necesita de aparato científico para constatarla, es la única que merece ser tenida como principio. Y pone como ejemplo la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Todas las otras verdades que no son en sí mismas generadoras, son verdades por deducción, que no alcanzan la categoría de principio. No por eso dejan de ser fecundas y decisivas en el conocimiento humano.

En el estudio de las ciencias no bastan los principios. Es de tenerse en cuenta también las consecuencias y las aplicaciones. Si aquéllas no se metodizan, si no se ordenan convenientemente, la razón será impotente para realizar el conocimiento. Aquí —dice Bertis— es donde más ejercicio tiene la deducción; si ella es caprichosa, producirá tan sólo errores o absurdos; si es

exacta, demarcará las consecuencias legítimas, y concatenará fielmente una serie de verdades.

En cuanto a las aplicaciones, ellas dicen relación con la parte práctica de las ciencias, con el proceso del uso, de donde se derivará el bien o el mal para el hombre.

Y siempre con su honda preocupación espiritual, Bertis obtiene de sus razonamientos la conclusión que formula así: "Contrayendo pues, a nuestro propósito, la observación indicada, diremos que nuestro objeto, en materia de principios, consecuencias y aplicaciones, respecto de la ciencia práctica de que tratamos en este artículo, es de perfección moral; y como la perfección en la sociedad consiste en aproximar las leyes a la perfección de los principios, y en el individuo, en aproximar las costumbres a la perfección de las leyes, es evidentísimo que nunca podrá tacharse de excesivo el empeño de hacer, con toda propiedad y exactitud posibles, las aplicaciones diversas de los principios a las leyes y a la conducta".

Los principios, sus consecuencias y sus aplicaciones deben ir enderezados a la realización del fin moral para vencer los obstáculos "y progresar de continuo en esta escala de perfectividad que hemos de recorrer sobre la tierra, para tocar después de la vida la perfección absoluta de que es capaz nuestra naturaleza".

b) *Escuelas dominantes.*—Lo teleológico del trabajo que lleva como título el acápite de este aparte, es presentar un paralelo entre el espiritualismo, específicamente el espiritualismo cristiano, con el materialismo. Combate, desde luego éste como una doctrina falsa y anárquica. Con frase amarga señala los males que ha traído a la humanidad el primado de la materia sobre el espíritu. Y explica cómo la historia demuestra que los grandes progresos de las naciones coinciden con el auge del principio teológico. Y cómo la anarquía, el desorden y la impiedad se correlacionan cuando el materialismo es señero en la filosofía dominante en los pueblos.

Todo este artículo de Bertis es un elogio de la fe. Y una apología de la escuela teológica en oposición con la escuela que él llama sensualista o materialista. La fe es para él la suprema rectora del universo: todo subsiste por la fe, todo se destruye sin la fe. Hace notar que fue bajo el régimen de los Emperadores cristianos, desde la conversión de Constantino hasta la muerte de Justiniano, que el imperio romano llega a la cúspide de su cultura jurídica que legara a los distintos pueblos que surgieron de su disolución. La fe inspiró a todos esos dirigentes de Estado para dictar e imponer una sabia legislación.

La poderosa fuerza de argumentación de Bertis rodea de hermosa claridad una materia de suyo abstrusa e inasible. Su rigurosa dialéctica, que puede compararse con la de los diálogos platónicos, persuade y arrastra, atando la razón. Sólo después de que se abandona su lectura y se medita con calma en lo leído, se liberta uno del encantamiento y pone en función su raciocinio. Ello no quiere decir que nuestro escritor sea un erístico o un sofista. Que no. Es simple y sencillamente un gran polemista.

Este trabajo vale pues, como ataque inmisericorde al materialismo, aunque sin tomar en cuenta si se trata del materialismo de Leucipo y Demócrito, o del de los estoicos o del de Hobbes, todos indudablemente distintos entre sí.

c) *Filosofía Escolástica*.—Este corto escrito de nuestro autor, trata con su acostumbrada maestría de colocar a la Filosofía Escolástica en lugar cimero —lo cual es mucho hacer en pleno siglo XVIII cuando ya hacía rato que la Escolástica había venido a menos—, y de demostrar las excelencias del método escolástico. Sostiene que éste es la mejor vía a que puede aspirar un hombre para ser sabio. La Filosofía Escolástica —dice— expone la verdad, no la inventa. No la crea, sino sólo da procedimientos adecuados para llegar a ella. Desde este punto de vista, la filosofía escolástica es netamente pedagógica. Los que la profesan son maestros en el arte de enseñar. Allá que se avenga la facultad de crear, de establecer la verdad a priori, con los genios. La Escolástica estará presta a ir a la búsqueda de los medios más efectivos para transmitir esa verdad. Y entra ahí la función del método escolástico. Este usa la tradición y la exposición para guiar hacia la verdad. En esa dualidad de sistema didáctico se funda todo el éxito del método.

Oigamos con qué lógica y elegancia defiende Bertis a su protegido.

El hombre, y con más razón el niño, ha menester de un fondo histórico y tradicional; porque de otra suerte no abandonaría nunca la tartamudez de su infancia. Sígase la carrera del hombre intelectual, desde que brillen los primeros destellos de su razón hasta que sorprenda al mundo con la fecundidad de su genio y con el poder de su lógica: cuál es el término proporcional que van guardando entre sí sus conocimientos tradicionales y sus conocimientos demostrativos? Cuanto aprende durante su niñez, bajo el magisterio de los mismos autores de sus días, es acaso todo tradicional. En las escuelas de primeras letras, recorre el alfabeto, combina las letras, lee; traza las líneas, forma los caracteres, escribe; junta los números, comprende su valor, cuenta; y todo lo hace bajo la fe de su maestro y de una manera histórica y tradicional. Esto mismo va sucediendo en toda su carrera, porque el hombre siempre es niño junto a la inmensidad de la ciencia. El poder de la demostración es un poder parcial; el poder de la tradición es un poder total. Los conocimientos tradicionales son la vasta materia que ejercita las fuerzas del talento; sin ellos el desarrollo de aquél será precario, pues le sería preciso ser tan viejo como el mundo, y reunir las luces de todas las generaciones que han dado su contingente a las ciencias, para que llegase a dominarlo todo sin los recursos de la tradición.

Colítese de aquí, que el carácter tradicional del método escolástico, lejos de ser un borrón que pudiera empañar su lustre, debe reconocerse como uno de los más nobles atributos del arte de pensar”.

Bertis apoya sus argumentos sobre la realidad. Y como la realidad, una vez constatada no puede rebatirse, resulta lógico que la utilidad del método escolástico, tampoco puede argüirse. Pero es que el privilegio de enseñar bien, no es atributo sólo del método escolástico. Es también característica de los demás métodos. De lo contrario serían incompletos, fragmentarios, y por tanto, en parte, inútiles.

Mas, siendo la Escolástica una doctrina filosófica admitida y sustentada por la Iglesia Católica, no es extraño que Bertis panegirice sus excelencias, y trate de actualizar una doctrina que si bien tuvo inusitado florecimiento en todo el siglo XIII con sus figuras centrales Alberto Magno, Santo Tomás y Duns Escoto, fue decayendo paulatinamente hasta hacer crisis en el Siglo XVI, a pesar de haber tenido un último destello con el jesuita español Francisco Suárez.

No debemos pues, censurar a Bertis: obra conforme a la lealtad que debe a sus principios.

d) *Las inclinaciones.*—La Exégesis que en este escrito hace Bertis no obstante ser el tema sustancialmente filosófico y metafísico, es un modelo de claridad y orden lógico.

Se interna nuestro autor en el inasible y movedizo campo de los instintos. Estos nacen con el hombre. Se manifiestan con relieves de nobleza que los diferencian de los instintos de las bestias. Después, los instintos se amalgaman con los sentimientos morales que se van insinuando, y llega un instante en que no se sabe si actúan los instintos, la inteligencia o la libertad. Viene después el hombre con sus aprendizajes, con un desarrollo mental superior, pretendiendo ser el amo de la creación, pero sus ideas, sus propensiones, tendrán siempre el control remoto de aquellos impulsos innatos de la naturaleza que son los instintos. Cuando la inteligencia se desidentifica del instinto surge la curiosidad consecuente que es el primer móvil de la razón.

En la ciencia moral el instinto se traduce en una búsqueda del bien, en el escape del dolor.

Y llegando a la parte medular de su explicación, Bertis dice: “Resulta de lo expuesto que todo lo que en sí contiene y encierra nuestra vida moral, esto es, cuanto atañe al entendimiento, a la libertad y a la conciencia, tiene un principio de acción innato en el hombre; que este instinto sin multiplicarse se diversifica en su acción; que en el orden físico se llama “tendencia a la propia conservación”; en el orden intelectual “tendencia a la realidad”, y en el orden moral “tendencia al bien”, que esta triple tendencia es la expresión de un sentimiento también innato, el amor de nosotros mismos; y por consiguiente que este amor anterior a todo se anuncia en esas varias tendencias que van poniendo en juego a su turno los elementos físicos, intelectuales y morales del hombre”.

Aquellas tendencias son a las que Bertis llama “inclinaciones”.

¿Cuándo surgen las inclinaciones? En el momento psicológico en el cual el hombre principia a revelarse como ser racional, diferenciado de los brutos, ahí donde —como lo dice el mismo Bertis— “no sólo se escucha el grito de la naturaleza sino que se advierte ya una vislumbre de inteligencia y se siente un impulso de voluntad hacia cierto punto motivado”.

¿Cómo opera la inclinación? Indudablemente estimulando la voluntad. Se produce entonces una fuerza psicológica que inclina al sujeto hacia un objeto determinado. Si esa fuerza no encuentra dique alguno seguirá moviéndose en una línea fatal, que si es la del vicio, conducirá a la muerte moral. Pero la mayor parte de veces tropieza con la reflexión, que es la función del entendimiento. Y entonces surge el conflicto de dos fuerzas, y la que prepondere marcará la conducta social del hombre.

Pero aun interviniendo la reflexión, y triunfando ésta puede decirse que el problema de la decisión no estará resuelto. Puede suceder que la reflexión coadyuve con la inclinación nociva y apure la catástrofe. Se necesita entonces el laboratorio en donde se depure el hecho y se constate la bondad de la inclinación o de lo que propone el entendimiento. Ese laboratorio es la conciencia.

Mas, incide todavía otro elemento: la libertad, que es la facultad que el hombre tiene de determinarse. La libertad gira siempre entre la inclinación y la conciencia, por lo tanto puede decidirse por una u otra.

Cuando las inclinaciones se manifiestan en forma vehemente e irresistible, devienen en pasión, dando lugar a una de las etapas más peligrosas del proceso evolutivo de la inclinación, y que puede condicionar para siempre el destino humano.

Y no continúo presentando el pensamiento de Bertis a este respecto porque sería prolongar demasiado este artículo.

La lógica magistral, la honda filosofía y la realidad de las apreciaciones hacen del trabajo que acabo de comentar uno de los más felizmente logrados, y uno de los que más pone de manifiesto la reciedumbre mental de nuestro autor.

¿Se perfila Bertis en las "Inclinaciones" como un innatista al sostener que vienen con el ser humano tendencias que caucificarán gran parte de su existencia? Indudablemente sí. Y eso no viene en desmedro de su filosofía. Descartes y Malebranche lo fueron. Y también lo fue el gran Leibniz y Wolf. El innatismo ha sido una de las preocupaciones constantes de los filósofos, desde Platón con su teoría de las reminiscencias, pasando por la Edad Media con San Agustín, hasta Kant, que llevando el problema al campo de la Epistemología con su teoría de las formas de la experiencia, "disuelve" —como dicen los filósofos— el innatismo en un apriorismo.

En esta exposición Bertis alcanza un éxito rotundo.

Sería largo ocuparse de todos los trabajos filosóficos de Bertis. Baste decir que en ellos campea siempre el pensamiento cristiano en toda su pureza.

## PERSONALIDAD LITERARIA

Si es grande Bertis en la materia filosófica, no lo es menos en el terreno de lo que él mismo llama "la bella literatura". Aquí no se sabe qué admirar más en él: si el casticismo puritano del estilo o la exactitud y fidelidad de las glosas que hace de las producciones de los grandes maestros. Es extraordinaria la difícil sencillez de la exposición. Es sugestiva la arquitectura de la frase, ni incompleta ni ripiosa: justamente expresando lo que se quiere decir, con las palabras necesarias y adecuadas. Gravedad sin desnudez, y elegancia sin amaneramiento, son las características de su estilo.

Ese arte del bien decir que tan exitosamente cultivaron nuestros escritores del ochocientos, no fue transmitido a las generaciones del siglo siguiente. Se apagó como por encanto la inspiración literaria, y el Siglo XX —lo que va corrido— es un siglo callado, ayuno de altos valores idiomáticos. Con muy raras excepciones, el lenguaje literario se ha convertido en una plebeya exposición de lugares comunes, llena de logomáquicas encrucijadas, en donde la anfibología anda del brazo con el amaneramiento, y la insulsez se codea con la ampulosidad.

Hay un irrespeto absoluto del idioma y una despreocupación fachendosa por la profundidad del pensamiento. Jamás se vio progresar tanto el arte de exponer el menor número de ideas con el mayor número de palabras.

Para curar este mal del siglo muchos han aconsejado la vuelta al humanismo, el retorno a los clásicos.

Tal vez la lectura constante de los libros de los grandes maestros, vivero eterno de inspiración fecunda, traería el milagro de hacer que el hombre culto de nuestros días se convirtiera en un celoso guardián de la pureza del idioma castellano y en un apóstol del pensamiento. Tal vez Tirso, Lope, Gracián, Rojas, Cervantes, moldeen la arquitectura literaria del hombre de

letras del Siglo XX y lo empujen hacia la forja de un nuevo estilo con el aporte del clasicismo.

Mientras tanto, busquemos refugio en la umbría que nos brindan escritores de la talla de Juan Bertis. Frente al estéril sequedal, humedezcamos nuestros labios en los perennes manantiales.

El estilo de Bertis se eleva y sublimiza al glosar piezas literarias de sus autores favoritos.

Trataré de analizar algunas de esas glosas.

Ellas son:

a) *Observaciones críticas sobre el discurso de Cicerón en defensa de Aulo Licinio Archias.*—Por qué escogió Bertis para su glosa ese discurso de Cicerón, que es, a no dudarlo, uno de los menos trascendentales de aquel eminente orador?

Pues porque tal discurso es la apología más completa, perfecta y sentida que se haya hecho jamás de la poesía, del escritor y del arte. Tenía, a fortiori que embargar la atención de Bertis y conquistar su admiración y simpatía esa pieza literaria que finca la defensa de un hombre en la defensa del arte. ¡Hermosa bandera de lucha! Bertis se asombra y se embelesa, y elogia sin reservas el discurso.

Aulo Licinio Archias era un poeta extranjero que logró adquirir el título de ciudadano romano. Gracio, enemigo suyo, le disputa ante los jueces el derecho, a sabiendas de que Licinio no puede probar la existencia de su derecho debido a que los archivos de Heraclea, donde encontrábase las pruebas, fueron destruidas por un incendio. Cicerón se presenta a defenderlo. Y ése es el origen de su intervención.

Bertis reproduce el hermoso y hábil exordio del discurso. A continuación va con exactitud anatómica analizando cada uno de sus párrafos, interpretando el pensamiento del orador, permitiendo que aun el individuo de poco intento se percate de la grandeza y munificencia del discurso, tal es la claridad de la exposición. En su justificado entusiasmo hace él también acertadas consideraciones sobre la influencia de la poesía en la vida del hombre, y complementa los razonamientos de Cicerón para demostrar el goce infinito, el placer inefable que encierra el cultivo de las bellas letras. Oigámosle con qué altura y serenidad expresa esos sentimientos en los siguientes párrafos que no me resisto de transcribir:

“¿Dónde está, pues, el placer? ¡Ah! No lo busquemos en las tendencias de los sentidos, en la satisfacción de los deseos menos nobles; sino en la perfección del hombre moral, en el cultivo de la razón, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura convidando a todas las edades con mil placeres que se engendran sin interrupción y se suceden sin semejanza, derrama sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni todas las amarguras de la adversidad. Véase sino al joven prudente, previsor, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior a los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado a los grandes modelos; registrando la lira de Píndaro y de Horacio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que inmortalizaron a las antiguas Repúblicas? En las lecturas, contestará él, que han sido mi ordinario alimento “*adolescentiam alunt*”.

¿Qué importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar a su presencia las memorias de una vida magnánima cuya senda está regada de laureles? Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frío de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro, presenciando este espectáculo bien triste: el joven que le abandona, el hombre que le compadece, el fastidio que lo consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar; porque arrebatada de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprobado con las lecciones sublimes de su sabiduría el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado a buscar en el fondo de su alma la fuente del placer, goza superabundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del océano para ir a buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos, le sorprende en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generación en que vive; su noble aspecto atrae la risa de la inocencia, y el niño se duerme sin zozobra en sus brazos; todos los jóvenes vienen a sentarse alrededor de él y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobación para partir a los combates: el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia: el sabio laborioso somete a su calificación los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademán dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber grabado sus máximas. Esta vejez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y excitar el disgusto, atrae también el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginación religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representar al Eterno. Tal se muestra a nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de la sabiduría, tan incomparables son los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. "Senectutem oblectan".

Y así va enhebrando Bertis, ya pasajes bellísimos del discurso de Cicerón, ya comentarios enjundiosos que hacen gozar sobradamente al lector y le dejan una idea muy diáfana del tema tratado y de las cualidades que debe tener un buen discurso.

Termina citando el magnífico y generalmente conocido elogio que Sócrates hizo de los poetas, y en el cual, según Bertis, Cicerón se inspiró para hacer el suyo en la defensa de Archias.

b) *Juicio sobre la oración fúnebre de Bossuet en la muerte de Enriqueta de Inglaterra.*—Bossuet era un orador sagrado de primera magnitud. Sus oraciones fúnebres y la elevación y grandeza de su estilo hicieron de él uno de los oradores más gustados y oídos de su tiempo.

Claro que no puede parangonarse a Bossuet con Marco Tulio Cicerón. Y ello no por faltar méritos a aquél, que a éste le sobraban, sino porque la elocuencia sagrada es absolutamente distinta de la profana. Es distinta en el ambiente, en la materia y en el auditorio. El orador sagrado ejerce su oratoria en un ambiente casi familiar, relativamente reducido, en el cual todos son sus fieles, a quienes llama hijos míos. El profano hace oír su voz gene-



ralmente, ante multitudes heterogéneas, exaltadas por las pasiones, difíciles de persuadir y contentar. Como dice Timón en el "Libro de los Oradores": "el uno habla cuando puede, como diputado; el otro cuando quiere pues es sacerdote. Poco importa que el predicador sea joven o anciano, calvo o con una hermosa cabellera, dotado de una bella presencia o contrahecho, que su gesto sea noble o vulgar, su voz sorda o sonora y acentuada. Todas estas observaciones mundanas las omite el auditorio cristiano que otros pensamientos asaltan".

Por eso, las oraciones fúnebres de Bossuet no pueden compararse con las piezas oratorias de Demóstenes, Cicerón, Mirabeau, etc.

Bertis exalta con hermosos y elevados pensamientos la oratoria sagrada que "transporta la imaginación, eleva el alma y excita con viveza inexplicable el sentimiento de la virtud".

Pero dentro de la oratoria sagrada pone con relieves de soberanía las oraciones fúnebres. Y no anda, desde luego en desacierto. Nada hay más sagrado que los muertos. Referirse a ellos es asomarse al tremendo misterio de la eternidad. La oración fúnebre es la sonata mortal que quiere hacerse oír en la palingenesia sinfónica de la inmortalidad.

Bertis ha expresado su objeto con su peculiar inspirado lenguaje.

"Sin embargo —dice—, hay un género particular en que parece reunirse cuanto es necesario para que la elocuencia sagrada revele todos sus grandes atributos. Si los sentidos no tuviesen el mejor influjo sobre nosotros; ni superiores a las pequeñas grandezas del mundo las viésemos de continuo con una mirada desdeñosa, y si nuestras almas, sueltas ya de las cadenas que las detienen en la tierra pudieran elevarse sin esfuerzo a la contemplación de las cosas invisibles; ¿qué discurso más a propósito para poseerlas exclusivamente, que el que se versara sobre los altos misterios de la Divinidad? Pero apegados en extremo a las ilusiones del mundo, y constantemente aturridos con el estrépito de la celebridad, sólo podremos salir de este letargo con uno de aquellos golpes terribles que hacen caer a nuestros pies el ídolo que adoramos; es necesario ver bajar los reyes al sepulcro, ver su polvo confundido con el polvo, no ya de los hombres oscuros, sino aun de las cosas más despreciables; es necesario ver a estos altos personajes en aquel instante en que parece vuelven a tomar la naturaleza y el carácter del hombre; es necesario ver la Eternidad al lado del tiempo, y a la religión sentada al borde del sepulcro. Tal es el objeto de las oraciones fúnebres".

Toda la oración dedicada a la muerte de Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans tiene como centro nuclear, el ya famoso versículo del Eclesiastés: "Vanitas vanitatum et omnia vanitas". Y a demostrar lo axiológico de ese principio dedicó Bossuet su oración, y Bertis su comentario. Ni uno ni otro necesitaban esforzarse mucho para ello, dada la universalidad del apotegma. Mas el acontecimiento se prestaba tan adecuadamente para destacar su omnirrealidad, tan palmaria era la exactitud de su aplicación a ese acontecimiento, que las palabras de Bossuet y de Bertis tienen un sentido apocalíptico, tienen sonoridad de tormenta de juicio final, amilanan el espíritu e impelen a tirarse a tierra y confundirse con el polvo del mundo.

Su patetismo solemne induce a meditar hondamente sobre el valor convencional de los bienes terrenos y la apoteosis del reino espiritual.

Pintando con cariño la modestia proverbial de Enriqueta de Inglaterra, Bossuet termina su retrato con los siguientes hermosos párrafos: "Ningún estudio tenía para ella los encantos que la historia, la cual se llama, no sin

motivo, prudente consejero de los príncipes. Aquí es donde los reyes más grandes no tienen rango ya sino para sus virtudes; y donde para siempre degradados por las manos de la muerte, vienen a sufrir sin corte y sin séquito el juicio de todos los pueblos y de todos los siglos. Descúbrese aquí cuán superficial es el lustre que proviene de la adulación, y cuán insubsistentes son los falsos colores por mucha industria y esmero que se ponga en explicarlos. Aquí estudiaba nuestra admirable princesa los deberes de aquellos de cuya vida se compone la historia. Aquí perdía insensiblemente el gusto de las novelas y de sus héroes insípidos, y empeñada en formarse sobre lo verdadero, despreciaba esas frías y peligrosas ficciones. Así pues, bajo un semblante risueño y aquel aire de juventud que parecía no prometer sino juegos, ocultaba un sentido y una seriedad que sorprendía y con mucho a cuantos la trataban.”

Bertis tercía con su comentario: y en encendidas frases admirativas hace el panegírico de Enriqueta y el de Bossuet. Acumula pensamientos de legítimo cuño que le dan oportunidad de exaltar con fervoroso empeño los principios cristianos —recordando a los mortales lo deleznable de su arcilla.

Termina diciendo que por la filosofía incomparable con que juzga soberanamente de todo, debemos admirar más que ninguna otra cosa el alma admirable de Bossuet.

c) *Ensayo de crítica del Sermón de Massillon sobre la Impenitencia final.*—En ningún comentario manifiesta Bertis tanto entusiasmo, ni usa un estilo tan elevado y solemne, como en este dedicado a examinar un tema que a su espíritu esencialmente religioso debió preocuparle grandemente: el de la impenitencia, es decir, de la irredención.

Masillon fué uno de los autores más alabados y preferidos de Bertis. En sus trabajos lo cita con admiración y respeto; y no es para menos. El sermón sobre la impenitencia final es algo sencillamente soberbio. Está desarrollado con tanta elocuencia, con tanta habilidad y con tan noble y solemne estilo, que impresiona hondamente y conmueve las interioridades del alma. En la sincera religiosidad de Bertis debe haber dejado huellas profundas y de seguro impulsáralo a perenne meditación.

El principio de la penitencia es de los fundamentales no sólo en la religión cristiana sino en todas las religiones. Pero aquélla, es pilar central en la estructura del edificio de la Iglesia Católica. Por consiguiente, penetrar en su misterio significa asomarse al corazón mismo de la doctrina cristiana.

En sus dos interesantísimos capítulos, el sermón demuestra, con diáfana claridad y elocuencia, esta sentencia tremenda para el católico:

“Si dilatáis vuestra conversión hasta la hora de la muerte, moriréis en vuestro pecado: porque entonces ya no estaréis en estado de buscar a Dios y porque aun supuesto que os hallaseis en estado de buscarle, serían inútiles vuestros esfuerzos para volveros a él, porque no lo encontraríais.”

Y alrededor de ese pensamiento, venero inagotable de reflexiones graves, va desarrollándose la palabra milagrosa de Massillon llena de advertencias que constituyen una macabra admonición.

Y a su vera Bertis va, paso a paso, incrustándose en el ideario del sermón y explicándonos el alcance de los pensamientos. Se diría un pastor que guía a su oveja en noche de tormenta aprovechando la claridad de un relámpago.

En la primera parte del sermón surge, como un letrado que se iluminara

de súbito, esta prevención: "La penitencia en el lecho de la muerte es casi imposible."

Los hombres contestan a esto que hay siempre tiempo para la conversión. Con sofismas internos tratan de ahuyentar el —para ellos— fantasma de la verdad. Y oponen barricadas de razón para contener el empuje de lo que jamás estará bajo su control. Pero ni el tiempo ni el raciocinio, ni el sofisma evitará que —como explica Bertis— tal vez cuando se hallan más sumergidos en los placeres, se sorprendan repentinamente en la eternidad.

Y sigue exponiendo Bertis: "los que escuchan esa verdad, inmediatamente razonan: ¡bah! los casos de muertes repentinas que se quieren insinuar son afortunadamente raros. Mas los humos de victoria se desvanecen cuando Massillon —adivinando el pensar de los oyentes— agrega esta otra sentencia demoleadora y desconcertante: que todas las muertes son repentinas; que casi ningún pecador muere creyendo que va a morir: y que no aparezca delante de Dios sin haberse preparado para esa terrible cuenta."

Vista la cuestión en el orden físico —dice Bertis explicando— el afirmar que casi todas las muertes son repentinas sería una paradoja; pero de paradoja se transforma en evidencia cuando se la mira en el orden moral. No todo lo que es violento es repentino, afirma: "quien se sorprende con lo que no esperaba tan pronto, ve como repentino un suceso que sin embargo pudo haberse preparado con lentitud. ¿Qué importa pues, que la muerte nos arrebatase después de haberse anunciado por una larga y penosa enfermedad o a tiempo que un rayo se desprenda de las nubes?"

Todo esto es de una lógica aplastante. El lenguaje es claro. El razonamiento, diáfano. El entendimiento va preparándose y el alma achicándose para recibir un rosario fatídico de interrogaciones que llevan íncita la respuesta y que el orador lanza como un reto a la incredulidad del oyente: "¿Qué puede hacer entonces un alma pecadora, consumida de dolores, desfallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que apenas tiene la vida suficiente para animar su cadáver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazón que se deshace, os parece que en ese estado puede un pecador registrar los abismos de su conciencia? ¿Queréis que pueda conocer con claridad sus escándalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas que siempre ha vivido, aquellos estorbos acerca de los cuales nunca se ha explicado bien; y en una palabra, que entre en unos cuidados y unas menudencias para las que apenas bastaría el espíritu más sereno y la más entera razón? ¿Queréis que esta alma ya inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿Que piense seriamente en implorar las misericordias de Dios, cuando las ideas de aquella última hora no parecen más que sueños, y los pensamientos son como los de un hombre dormido?"

Y la contestación después del largo silencio viene. Una sola. Pero tremenda y jeremiaca: y qué otra cosa véis ¡oh! gran Dios, en las funestas inquietudes que manifiesta, sinó los últimos esfuerzos de un alma que se defiende contra la muerte y de una máquina que se deshace!

Continúa después el comentarista con un estilo de soberanía demostrando cómo las enfermedades del alma son más tenaces que las del cuerpo. Estas las combate el droguista o el médico y tiene posibilidades de éxito. Pero aquellas, ¡oh! tienen su valladar infranqueable en el placer mismo de pade-

cerlas. Y eso perenniza su existencia. Es el alma que se destruye a sí misma con un masoquismo impúdico.

Y yo me represento a Bertis con la mirada severa y triste de sus ojos oscuros y los labios contraídos de amargura, lapidando en su glosa admirable la duda sobre el poder del hombre para separarse de la tierra sin dolor. Y dice, con las sentencias bíblicas: "El impuro tal vez recreará sus ojos moribundos en las funestas imágenes de sus pasados desórdenes; tal vez no abandonará las riberas del mundo sin decir un adiós desesperado al infeliz objeto que corrompió su corazón: sus huesos se llenarán entonces de los desórdenes de su juventud; y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulcro. Un pensamiento desconocido perturbará entonces por la primera vez la quietud engañosa del avaro; su alma vomitará las riquezas que había tragado; pero será muy contra su voluntad; el señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazón el amor que les tenía".

Pasa Bertis en seguida a analizar la segunda parte del sermón. Trata esta segunda parte de demostrar que la penitencia a la hora de la muerte es casi siempre inútil.

Y nuestro autor tiene aquí frases elocuentes y asombrosas, usa un lenguaje de casta que impresiona y arrebata. Sin quererlo quizá, pone tal fuerza de convicción en sus palabras, inspiración tan sublime hay en ellas, que no se sabe qué admirar más: si el sermón o la glosa. A través de sus pensamientos se oye el desgovernado trotar de las bestias del mal, se adivinan los negros horizontes del confín de la existencia, y el lúgubre batir de alas de la muerte. De la muerte que llega cuando más el alma esta adherida al barro de la tierra, cuando más atada está al poderoso imán de los placeres.

La penitencia en la hora de la muerte es inútil porque es falsa; las lágrimas que vierte el moribundo son estériles. Su arrepentimiento no es sincero. Lo prueba el hecho de que si para su buena o mala suerte, aconteciere que la muerte lo perdone, volverá a su vida de pecado y herejía.

El peligro inminente creó un sofisma en su corazón: el creer que deserta de sus culpas. Y sólo era un adormecimiento momentáneo en la sala de espera del viaje sin retorno, una laguna de olvido en el territorio sin fronteras.

Y así, a través de un real señorío literario va surgiendo —el Dios de Massillon, Dios que castiga, Dios inflexible que decreta la irredención como pena, sin tomar en cuenta la deleznable flaqueza de los hombres—. Va destacándose con perfiles trágicos la pena, una pena errante, sin deslindes y con caracteres de perennidad.

Y la desesperanza se amarra al corazón enfermo, velero que se quedó sin viento con las velas muertas, en la soledad del mar.

Un crepúsculo que se esfumina, vacío de luz, trágico en su desnudez solar, es la perspectiva única que el alma fría del penitente vislumbra en el caos de su agonía espiritual. Dios está muy lejano y no quiere ser ni siquiera espectador en aquel drama gigante cuyos actores son: la materia, el espíritu y la eternidad.

Después, todo es sombra; la noche profunda, la noche inmutable servirá de escenario a la tragedia que aún no se ha escrito y que podría titularse: "el destino del alma después de la muerte".

De buena gana continuaría yo analizando los trabajos literarios de Bertis. El marco obligado de este discurso y el temor de cansaros frena mi anhelo. Y tendré que detenerme aquí mal de mi grado. Mas no lo haré sin antes enfatizar que el panorama literario del siglo XIX en El Salvador es fundamentalmente distinto al de la primera mitad del siglo XX que va corrida. Allá, la fórmula clásica, el estilo sobrio y profundo eran características inconfundibles, sin olvidar por ello, la creación lingüística y la gracia figurativa. Aquí, son características dos extremos: o el común decir elevado a regla de estilo. O el buceado rebuscamiento, mal traído a norma ortodoxa. Entre ambos extremos, un libertinaje anárquico y desvinculado de las reglas del buen gusto, pregonando por doquier originalidad y evolución, a que apellidan modernismo.

Cuál de los dos panoramas es el que regala nuestra vista es cosa que huelga decir. Y holgado sería también señalar cuál perenniza y cuál no es sino espejismo desértico.

No niego el afán. No ignoro la buena intención ni paso por alto el buen logro. Pero digo que la forma literaria ha venido a ser pedrería falsificada, y el pensamiento, un acertijo de palabras. Sólo hay una algarabía multiforme, como sonar de instrumentos desafinados. No existe obra. No puede hablarse de una generación literaria. Muchísimo menos de una filosofía. Hay sí, pereza en redondo. Superficialismo y adoquín. La juventud no se responsabiliza del momento histórico en que le ha tocado actuar. No ha encontrado el equilibrio espiritual. Mejor, no lo busca. Es ajena a la disciplina del pensamiento. Es inconsistente e inconstante. Ama el bienestar y no es capaz de sacrificar ese bienestar material en aras de una vida de estudio y meditación.

Ante esa descarnada realidad no podemos menos que preguntarnos con espanto: ¿qué será de la República? ¿Veremos siempre a la mediocracia manosear con desgarbo los altos valores de la cultura? ¿Permitiremos que se desfigure el alma misma de la patria con nuestra incapacidad para interpretar el sentido de su fisonomía biológica? Hay que inyectar calor vital a esta generación que agoniza. Hay que ponerla de pie frente a los problemas del mundo. Y hay que hacerla sentir el dolor de ver lo santo y lo grande en manos profanas, a la verdad sin apóstoles, a la palabra en subasta.

Lo vulgar, lo falaz y lo inerte, tristes privilegios de una generación que faltó a la cita con su siglo, debe ser batido en todos los frentes, con rudeza, brutalmente si hace falta, si queremos poner fin a esta angustia, prelude obligado del desastre espiritual.

Hagamos examen de conciencia. Reconozcamos nuestro fracaso. Tengamos el valor de mirar hacia atrás. Y contemplar la desolación de los caminos recorridos.

Y ante ese desnutrido panorama, volvamos a los clásicos para buscar en ellos los valores esenciales que nos faltan.